



# EL GUIRIGAY,

PERIODICO SEMANAL.

AÑO I.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid, 4 rs. al mes.—En provincias, 16 reales trimestre, remitiendo el importe adelantado, en sellos de franqueo ó por libranza de fácil cobro.

Madrid 9 de Setiembre de 1865.

ADMINISTRACION.

Calle del Barco, 20, principal.

NÚM. 8.

## CENCERRADA TERCERA.

—¡Quién vive!  
—España.  
—¿Qué gente?  
—EL GUIRIGAY.  
—Alto.  
—Pero ¿por qué?  
—Porque deseo que echemos un párrafo.  
—¿Y quién es usted para que antes de echar un párrafo, eche yo mis cuentas?  
—¿Tan desconocido estoy que ni a un mi voz le revela...  
—Hombre, sí; ya caigo. Estas malditas tinieblas... ¿Y qué haceis aquí, con un tiempo tan malo y una noche tan oscura?...  
—Yo le diré á usted; sobre lo que yo hago, hay mucho, muchísimo que hablar.  
—¿Sí?  
—Lo que está usted oyendo.  
—Pero en resumen...  
—En resumen, me encuentro en un gravísimo conflicto, y viene usted como llovido del cielo, para darme un consejo.  
—¿Consejos? Para mí los quisiera, que en los tiempos en que por desdicha vivimos, no se tropieza con uno ni á tres tirones.  
—Pues ello es necesario, señor GUIRIGAY, porque sin que usted me preste auxilio y ayuda, veo punto menos que imposible, el salir de este atolladero.  
—Bien, explícate, y veremos si entre los dos, encontramos camino.  
—Es el caso, que los enredos de esta vendita tierra de garbanzos, me tienen aburrido.  
—Mira, hijo mio; eso es poco más ó menos, lo que acontece á más de 16 millones de españoles, á quienes ni tú ni yo conocemos.

—Tiene usted razon; pero como quiera que yo me he propuesto hacer algo de bueno, y para conseguirlo cuento con el favor y buen deseo que usted no ignora, de aquí mi propósito de procurar que en España termine la sangrienta discordia de esos veinte y cinco grupos que se llaman partidos, reorganizándose los que justa, equitativa y únicamente debemos reconocer.  
—¿Crees que lo conseguirás?  
—Allá lo veremos. Por de pronto, van saliendo mal mis cuentas.  
—Pues consuélate, pensando en que cada vez que las ajustes, se embrollarán más.  
—Esa seria la peor manera de arreglar el cotarro.  
—Hijo, todo es arreglo...  
—Incluso el de Capa-rotta.  
—Es verdad.  
—Sin embargo, aquí cambian los papeles: aquí el ahorcado, no es Capa-rotta, es el pueblo.  
—Bueno; ¿y qué?  
—Que yo quiero que ese pueblo, á quien se ha desollado vivo, conozca que los pujos de abnegacion y patrioteria son pura farándula, siempre que sus representantes, sus inviolables, sus santones, sean los mismos que le han engañado, que le han esplotado, que le han vendido siempre, mermando traidora y villanamente su hacienda, su vida y su honra. Quiero que ese pueblo dócil, leal, generoso, comprenda que sus héroes no son otra cosa que unos malos agiotistas, ó mejor dicho, unos judíos avaros y crueles, que hacen su fortuna prestando la fuerza popular de que disponen, y pidiendo por ella crecidos réditos, sin reparar en las manos que han de manejarla, con tal de que deramen algun oro.  
—¿Y sabes lo difícil que es el hacer que el

pueblo comprenda lo que tú pretendes explicarle?  
—¡Ya lo creo! Sin embargo, he ideado un medio...  
—Bueno será él.  
—No es tan malo.  
—Sepamos.  
—¿Ve usted aquella especie de grillera grande que hay á sesenta pasos de nosotros?  
—Sí.  
—Pues en ella tengo encerrados siete...  
—¿Grillos?  
—No señor; siete hombres de pelo en pecho, de gran talento y mucho amor á su patria, que son los que mediante Dios, han de hacer la propaganda de la buena y sana doctrina.  
—¿Son pobres?  
—Creo que no.  
—¿Desinteresados?  
—Creo que sí.  
—¿Amantes de su patria?  
—Se supone.  
—¿Españoles?  
—Desde luego.  
—Pues entonces...  
—¿Qué?  
—Al freir será el reir.  
—Yo creo que al fin adelantaremos algo.  
—Para el tonto que crea en los algos de España. Pero oye; oye como se alborotan tus patrocinados; tus nuevos apóstoles.  
—No lo estrañe usted; les he explicado mi pensamiento, mi teoría...  
—Y ellos acabarán por darse de coscorrones.  
—Es usted muy desconfiado. Acerquémonos más, y verá usted que esos gritos son hijos de la luminosa discusion que sin duda sostienen.

—Sí, sí, acerquémonos, pero no mucho, por lo que pudiera tronar.

—Bueno; ya estamos; dime cual es el que ahora procura llevar del roncal á sus contrin-  
cantes.

—¡Oh!... ese que habla es un primer es-  
pada; sabe más que Merlin, y es capaz de dar  
tres y falta al mismísimo D. Alejandro Castro.  
Pero oigamos, que ellos explicarán á usted  
quienes son.

EN LA GRILLERA.

—Carísimos; yo creo que la Hacienda no  
puede arreglarse, sin que la escuela *protec-*  
*cionista* meta mano...

—Silencio; la proteccion es una filfa; aquí lo  
que debe privar es el libre cambio...

—Fuera los ignorantes, los fátuos, los pre-  
suntuosos. La Hacienda no necesita de *Rey ni*  
*de Roque*, lo que necesita es *música*.

—Sí, sí, sí, *música, música, muchísima mú-*  
*sica*.

—¿Y cuando la tenga?

—Entonces, yo me encargo de despacharla.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Silencio; ¡así anda el negocio! Si el país  
supiera que no pensais más que en la *chupan-*  
*dina*, arreglados estábamos ¡Tengamos fé! hom-  
bres nuevos; llamados por la casualidad á  
desenmarañar los feos negocios de esta gran  
nacion, debemos prescindir del *vil metal*, para  
consagrarnos á la verdadera gobernacion del  
Estado.

—Bien: por nosotros, no hay inconveniente.

—Pues entonces, principiemos por orga-  
nizar...

—Organicemos.

—*Rey absoluto*.

—¡Que barbaridad!...

—Contribuciones gordas.

—¿Está loco ese hombre?

—Fuerza represiva...

—Ya escampa.

—Y si alguno grita, garrotazo y tente tieso.

—Vaya, vaya, que amarren á esa fiera, y  
confeccionemos un Gobierno representativo...

—Eso es mejor.

—*Programa*.—Mucho lujo; doce mil cesan-  
tías; revista diaria; simulacro semanal; nómina  
á fin de mes; trabucazo limpio si alguno se  
menea; vida de canónigo, y si puede ser, de  
obispo; redondear una fortunita, y luego á casa,  
y el que venga *atrás que arrée*.

—Tapa, tapa: ese es un escándalo.

—Hombre, si de todas maneras *se la han de*  
*llevar*...

—Sin embargo, el contribuyente... la Ha-  
cienda... la Bolsa...

—Ta, ta, ta... el contribuyente tiene la obli-  
gacion de contribuir, Hacienda... arréglaela el  
que pueda; en cuanto á la Bolsa, yo solo se  
aquello de... *la bolsa ó la vida*.

—Fuera, fuera; esa es una escuela, una cá-  
tedra que esplica el asesinato, el robo, la des-  
truccion.

—Pero es en conjunto. Yo no quiero que  
medremos á costa de uno.

—Eso es, quieré que medremos á costa de  
todos.

—Lo cual no es lo mismo

—¡Vaya usted á paseo!—Caballeros; aquí  
no cabe más que una cosa.

—¿Qué es?

—El separarnos de estas *sanguijuelas* incan-  
sables, y formar un gobierno, *de mistó*, produc-  
to de la *voluntad nacional*.

—¿Pero, cómo se hace *eso*?

—Muy fácilmente —*Programa*.—Desestan-  
co *general*; fuera contribuciones; reforma aran-  
celaria; desamortizar, hasta los adoquines;  
Milicia Nacional...

—¡Puff! ¡Puff! ¡Puff!... eso es ya muy antiguo,  
y sobre todo mete mucho ruido; lo que convie-  
ne es...

—¿Qué?

—La gorda; la gran culebra; el diluvio...

—Fuera.

—Estos son los rabiosos.

—Que los fusilen.

—Que los frian.

—Que los achicharren.

—Nos quieren limpiar el comedero.

—Fuera; fuera; fuera.

EL GUIRIGAY á su acompañante.

—Guarda el bulto; ya te lo advertí, y ahora  
el que más y el que menos va á salir por la  
ventana.

—¡Ah, señor GUIRIGAY!... tiene usted razon;  
los mismos frailes...

—Con las mismas alforjas.

—El pueblo...

—Paga.

—Los santones...

—Cobran.

—La gobernacion del Estado... la adminis-  
tracion...

—Se reduce á un coche y á una gran cruz.

—La union de los hombres sensatos...

—Será .. lo que Dios quiera.

—Ese afan por destruir lo que existe, lo que  
se conoce...

—Se espresa por un *símbolo* muy sencillo.

—Y es...

—Un bolsillo y un trabuco.

—¡Ahhhhh!...

AIRES DIVERSOS.

Entre los distintos dibujos que tenemos en-  
cargados á los artistas más notables de esta  
corte, se encuentra la deliciosa caricatura de  
cierta chistosa escena ocurrida en Barcelona con  
los vendedores de nuestro periódico. Con el  
propósito de adquirir el *retrato* del que ha de  
ser nuestro *héroe* principal, se han retrasado  
un poco los trabajos *preparatorios*.

Pero ofrecemos á aquellos de nuestros favo-  
recedores que nos han pedido la referida viñe-  
ta, que de un momento á otro la tendrán.

¿Qué pasa en Zaragoza? ¿Por qué desalienta  
el partido liberal y se *envalentonan* los *brabis-*  
*tas* y los *neos*? ¿Qué elementos existen en aque-  
lla provincia para que esto suceda? ¿Qué fuerza  
*mayúscula* é incontrastable hace que las tenden-  
cias de esta situacion, que predica el *adelanto*,  
*la libertad*, el *progreso*, como único medio de  
alcanzar las soluciones que todos necesitamos,  
queden paralizadas, predominando en cambio  
la escuela más odiosa y reaccionaria?

¿Nada sabe el Gobierno?

¿Nada podrian decir los candidatos de union  
liberal que para las últimas y penúltimas elec-

ciones de diputados á Córtes se presentaron  
por las provincias de Almería y Badajoz?

Ya veremos, ya veremos,  
lo que dá el tiempo de sí.

—¿Si vendrá? ¿Si no vendrá?

—¿Qué, el cólera? No tenga V. miedo, que  
no viene.

—Nó, hombre, si no hablo de eso.

—¡Ah! ¡Ya! ¿Habla V. de lo otro? Pues esté  
usted tambien sin cuidado.

En Jovellanos se habla de una zarzuela *mo-*  
*nísima* que deberá representarse en esta tem-  
porada... si el público lo permite.

Parece que el libro es del Sr. Correa.

Si es verdad, entonces, no cabe duda.

La zarzuelita será una *monada*.

Dícese que la empresa del Circo del Príncipe  
Alfonso, va á dar por concluida la tempo-  
rada, en vista de que el público no *responde* á  
sus deseos.

Lo sentiremos... por la empresa.

Nos alegraremos por el público.

Lo principal es discutir primero,  
Si ha de ser Salustiano ó Baldomero

La libertad es punto secundario,  
Que solo aborda algun estrafalario

Si ha de ser el primero ó el segundo,  
Es cuestion que interesa á todo el mundo

¡Bendito sea Dios, que en nuestros dias  
Permite dén la ley las mayorias!

Un partido muy partido

Se quiere partir aún más;

Ya está dividido en átomos;

Con que.... ¡cómo quedará!

Sigue *La Soberanía*.

Cuestionando con *La Iberia*

Y aunque ha nacido de un Rubio,

La cuestion es casi negra.

Grande ha sido la cosecha

de trufas en Perigord;

en España la de neos

ha sido mucho mayor.

Dicen que hozando la tierra,

de la golosina en pos,

descubre el rico tubérculo

el signo de San Anton.

Para descubrir los neos

hay un sistema mejor;

con reconocer á Italia,

sacan los cuernos al sol.

Con un lleno ha inaugurado el teatro de Jo-  
vellanos la presente temporada.

¿Llenarán las obras y el personal de que dis-  
pone el Sr. Salas, los deseos del público?

Nos alegraremos.



EL LADRON Y EL PERRO.

Si alguno se encontrare retratado  
En este cuentecillo,  
Puede echarse la china en el bolsillo.  
De una casa de campo  
Amarra en la puerta  
Se encontraba el bravísimo Melampo,  
El perro más valiente  
Que ha llegado á vivir entre la gente.  
Velando noche y día,  
Siempre de centinela,  
El pobre animalillo no dormía:  
Y abandonaba el sueño,  
Para guardar la hacienda de su dueño.  
Así el tiempo pasaba  
En dulce regocijo:  
Nunca de su fortuna se quejaba:  
Nunca, porque se advierte,  
Que estaba muy contento con su suerte.  
Pero llegó una noche  
Un ladrón muy famoso  
Que por allí robaba á troche y moche,  
Y con astucia fiera  
A Melampo le habló de esta manera:  
—¡Hola! buen vigilante,  
Perro fiel sin segundo:  
¿Quieres dejarme entrar solo un instante?  
Ten en mí confianza,  
Que quiero hablar al amo sin tardanza.—  
El perro, conociendo  
Por el ancho trabuco  
Que dentro de la manta iba escondiendo,  
Sus malas intenciones,  
Le contestó ligero estas razones:  
—En vano pretendéis  
Con vuestra hipocresía  
Ocultarme los fines que traéis:  
Sabed que no consiento  
Que entrais, porque conozco vuestro intento.—  
El ladrón le suplica  
Segunda vez la entrada;  
Y el perro ya enojado le replica:  
—Si venis á la puerta,  
Ladron y toda la gente se despierta.—  
Viendo, pues, que era en vano  
Cansarse en necios ruegos,

Dijo el ladrón, al retirarse, ufano:  
—Mi rencor te asegura  
Que me has de pagar esto con usura.—  
Apenas vino el día,  
Cuando el ladrón imbecil  
Se encontró con el amo, que salía;  
Y alegre y plácido,  
Le dijo:—Buenos días, caballero:  
Tengo perdido el juicio  
Con los malditos lobos,  
Y vengo á suplicarle un gran servicio.  
Usted puede salvarme,  
Y del terrible golpe libertarme.  
Mas caudal no poseo  
Que un pequeño rebaño;  
Y cada noche horrorizado veo  
Que los lobos se ceban  
En mi pobre ganado, y se lo llevan.  
Los tristes corderillos  
No tienen más amparo  
Que el de dos perros, aun muy jovencillos,  
Bravos, por vida mia,  
Mas temen á los lobos todavía.  
Usted tiene en su hacienda  
Un mastín arrogante:  
Yo le ruego por Dios que me lo venda:  
Pida usted sin cuidado  
Lo que pueda valer, le doy doblado.  
Si usted lo determina,  
En la mano está el precio;  
Eso me librará de mi ruina:  
Mucho en ello me ahorro.  
Y despues le regalo un buen cachorro.  
A usted le tiene cuenta:  
Presta el mismo servicio,  
Y á mucho menos costo se alimenta.  
Yo libro mi manada,  
Y usted tiene su casa bien guardada.—  
Oyendo estas razones,  
El amo de Melampo  
Se decide á tomar ocho doblones  
Por su fiel vigilante,  
Y al ladrón se lo entrega en el instante.  
En vano el triste ruega,  
Para no ser vendido:  
Su señor á escucharle se le niega,  
Mientras el otro grita:

—No ha de ser todo echarse á la sombría.  
Que si hasta aquí encontraste  
Quien te diera el sustento,  
Y nunca en cosa alguna trabajaste,  
Conmigo no hay holganza;  
Trabaja bien, y llenarás la panza.—  
Iba el perro cuitado  
A decir lo que había  
A su señor, que estaba alucinado;  
Y el ladrón al momento  
Se lo llevó, temiendo un escarmiento.  
Apenas se retira,  
Llevando al perro asido,  
Cuando monta el trabuco, apunta y tira,  
Y el infeliz Melampo  
Bañado en sangre se quedó en el campo.  
Acabada su hazaña,  
Buscó á los compañeros,  
Que tenían por guarida una cabaña;  
Y al dueño de la hacienda  
Le llevó el cachorrillo de la ofrenda.  
Al fin la noche vino;  
Y juntos los ladrones  
De la quinta tomaron el camino;  
Y al llegar á la puerta,  
No ladró el perro, aun cuando estaba alerta;  
Porque viendo á su dueño,  
Que era el que allí llegaba,  
Volvió á entregarse á su tranquilo sueño,  
Mientras ellos abrian,  
Con llaves que al intento conducian.  
Entran, y apoderados  
De todo cuanto encuentran,  
Dejaron en un cuarto maniatados,  
Y á palos bien molidos,  
A los que hallan allí desprevenidos.  
Logrando de este modo  
Por premio de su astucia  
Robar seguros y acabar con todo.  
El dueño este castigo merecia,  
Vendiendo al que leal le protegía.  
—¡Oh! cuántas veces vende  
El pueblo alucinado  
Al que de su enemigo le defiende,  
Y luego alegre goza  
En las manos de aquel que le destroza.  
EL DUENDE DEL MANZANARES.

LAS ZORRAS.

Cerca de un corral pasaba  
En cierta noche una zorra,  
Cuando oyó cantar un gallo  
Con voz muy clara y sonora.  
Por debajo de la puerta  
Con gran cuidado se asoma,  
Examinando por donde  
Puede saltar á deshora.  
Mas viendo que era imposible  
Poder subir ella sola,  
Buscó otras dos compañeras  
Para consumir la obra.  
Cuando las hubo encontrado,  
Con la sonrisa en la boca  
Les dice:—Amigas del alma,  
Llegó la ocasion dichosa  
En que podamos hartarnos  
Libres de susto y zozobra.  
Muy cerca está un gallinero,  
Donde aves muchas y gordas  
Convidan nuestro apetito  
A una cena deliciosa.  
Si vosotras me ayudáis,  
Yo os prometo, que la aurora  
Nos ha de encontrar ya hartas  
De una carne tan sabrosa.  
Que aunque altas son las paredes,  
Subiendo una sobre otra,  
Bien podemos saltar dentro;  
Lo que no puede una sola.—  
Ellas con grande alegría  
Se felicitan gozosas,  
Y hácia el corral se van juntas  
Con hambre devoradora.  
Cuando á las tapias llegaron  
Las dos convidadas zorras,  
A la primera le dicen:  
—Compañera, á usted le toca  
El ponerse ahora debajo,  
Y subiremos nosotras;  
Que luego, en estando dentro,  
Le abriremos sin demora  
La puerta, para que entre,  
Y á su sabor mate y coma.—  
La infeliz, no conociendo  
Sus intenciones diabólicas,  
Se acercó, y desde sus lomos  
Las dos treparon muy prontas  
Sobre la pared, y luego  
De un salto adentro se arrojan.  
Después que dentro se hallaron,  
Y vieron que eran muy pocas  
Las gallinas que allí había,  
Determinan las dos solas  
Comerlas, dejando al cabo  
Sin parte alguna á la otra.  
—Abrid, grita desde afuera  
Con voz doliente y quejosa  
La infeliz, que había quedado  
Allí esperando en mal hora.  
Abrid, que si yo os conduje  
Donde la comida os sobra,  
No es razon que ahora me quede  
Sin la racion que me toca.—  
Mas las otras, sin cuidarse  
De sus quejas enojosas,  
La puerta dejan cerrada,  
Y las gallinas devoran,  
Contestando á la infeliz:  
—No hay más que para nosotras.—  
Entonces ella indignada  
Con una accion tan traidora,  
Les jura que su venganza

Llegará severa y pronta.  
Cierra por fuera la puerta,  
Y así su salida estorba.  
Ellas, cuando comprendieron  
Venganza tan horrorosa,  
Al punto á la puerta acuden,  
Y el perdon tristes imploran.  
Abraños Vd., le dicen;  
Amiga, todo aquí sobra,  
Y aun si quiere, nuestra parte  
La cedemos muy gustosas.—  
—Callad; la otra les contesta:  
Vuestras súplicas me enojan;  
Hace poco que deciais:  
«No hay más que para nosotras.—  
Ahora, pues, que la fortuna  
Vuestra enemiga se torna,  
Yo os digo, que la desgracia  
No es mas que para vosotras.—  
Dijo así, dando un ahullido,  
Con que la casa alborota.  
Acude el dueño ligero,  
Y en ellas sació su cólera,  
Dando á entrambas una muerte,  
Digno premio de sus obras.  
*Hombre á quien el pueblo eleva  
Hasta el poder que ambicionas;  
Si con él eres ingrato,  
Acuérdate de LAS ZORRAS.*

EL DUENDE DEL MANZANARES.

—¡Cómo te engaña el deseo!  
si así prosigues, muy pronto  
más que feo serás tonto...  
¡Y cuidado, que eres feo!

Estás en puerta Rubí,  
¿Te silbarán?... ¡no lo sé!  
Por Colon lo sentiré,  
aunque me alegre por tí.

Mereces una leccion;  
vales poco; poco; poco;  
pero de tu orgullo loco;  
¿qué culpa tiene Colon?

De un esqueleto al lado  
lloraba un cocodrilo,  
no de su negro crimen  
ya tarde arrepentido,  
si no al ver que no puede  
saciar más su apetito.

*Cuando afligido llora  
el neo-catolicismo,  
las lágrimas que vierte,  
son las del cocodrilo.*

EL DUENDE DEL MANZANARES.

Sin respeto ni atencion,  
con una saña diabólica,  
mató á Isabel la Católica,  
y hoy asesina... á Colon.

Saliendo á caza de gangas  
topé de manos á boca,

con un balandran sin mangas  
que me costó una bicoca.

Un tricordio y un rosario  
compré por poco dinero,  
y un cristo, un escapulario  
y un trabuco naranjero.

Completo tengo el arreo  
de batalla y procesion;  
si le acomoda á algun neo  
está á su disposicion.

*¿Agua yo? no, va de retro  
Dijo un neo el otro dia;  
Eso es beber la heregia;  
Prefiero de Baco el cetro,  
Antes el negro y el rojo  
y aguardiente y aguarrás,  
¿pero el Agua yo? jamás.  
¡Ahí es nada lo del ojo!*

La primera virtud de un buen cristiano  
Consiste en ser rabioso ultramontano;  
Estudiando lector, las pastorales  
Lo verás con sus pelos y señales.

En la presente ocasion,  
Si he de decir lo que siento,  
Miro en el retrainimiento  
Política de trompon.  
No toquemos el violon  
Por echarla de ladinos,  
Que entre políticos finos,  
No hay oido que resista,  
El concierto progresista,  
Cantado por *partiquinos*.

ANUNCIOS.

OBRAS DRAMÁTICAS. El apreciable autor simpático publicista Sr. Bustillos, cuyo nombre conocen todos sus amigos, tiene dispuestos segun se dice, un pequeño cargamento de *dramas, comedias, zarzuelas, entremeses y pasillos* para la próxima temporada.

¿Son de Bustillo? ¡qué horror!  
fortuna, que ó yo me engaño,  
ó las harán este año  
como en el año anterior.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de provincias que aún no han abonado el importe de la suscripcion correspondiente al primer trimestre, lo hagan, si no quieren ser dados de baja por esta Administracion.

Dicho importe, se puede remitir en sellos de franqueo.

EDITOR RESPONSABLE, D. Sebastian Montes.

Imprenta de J. Fernandez, Barco, 20.